ISLA DE LA COL

No es la cara arrugada de la col lo que me contiene, tampoco la plácida siesta del pez en la cuna que la col le cede, una curiosa correspondencia cuando el mar abate los arrecifes y hay cierta negrura tormentosa en un cielo que no acaba de amenazar.

La contención proviene de la pereza que siempre tuve a la hora de ir a la frutería a comprar coles y a la pescadería a que me escogieran un pez indeterminado, cualquiera que fuese su condición y especie, pero que estuviera fresco.

No acabo de ir a la frutería, la pereza me descabala, tampoco llego a ir a la pescadería, y puede que no sea estrictamente la pereza quien me lo impide, se trata más bien de que llevo un tiempo en que me obsesionan no ya los peces en su totalidad sino el ojo de los mismos, eso que por razones que desconozco, o no me interesa conocer, se denomina ojo de pez en algunos angulares fotográficos.

La idea de que el pez tiene ojos y la col arrugas comienza a producirme cierta desazón, mientras miro el cuadro en el que ambos mantienen una presencia poderosa, y poco a poco voy haciéndome a la misma, de manera que es el cuadro quien comienza a sugerirme la utilidad de que ambas representaciones tengan para mí un sentido reparador.

La vida no me lo proporciona, la realidad palmaria, y la consecuente costumbre, de ir a la frutería y a la pescadería y volver para casa con la col y el pez, sin que nada se contradiga en esa realidad que hace tan propicia la compra y depara el gusto del alimento, lo que supondría la reacción más adecuada a la supervivencia, si la vida se aviniera a ofrecerme esta eventualidad a la que, a buen seguro, ni el pez ni la col se negarían, muy al contrario, es más que posible que se sintisen encantados.

Mi esfuerzo sería, si pudiese, quedarme con el cuadro o, mejor, buscar la propiedad del mismo para que, al tiempo de quedarme con él pudiese, de alguna manera, quedar en él, lo que a buen seguro me supondría hacerme propietario de la col y el pez y, de ese modo, no tener que volver ni a la frutería ni a la pescadería, reafirmando también la convicción de mi pereza, y muy convencido en esta ocasión de la utilidad del arte, de lo que un buen cuadro puede, entre tantas otras cosas tan sublimes como placenteras, sustituir de la forma más cabal y provechosa aquello que la vida nos pone tan difícil.

Saboreo la col, frío el pez, escucho el temblor de las olas alteradas, aguardo a que en el cielo se esparza la tormenta y ni siquiera es necesario que haya que descolgar el cuadro de la exposición, donde mantiene la atracción de su misteriosa belleza.

Con mirarlo es suficiente para apropiarlo, aunque no deja de inquietarme el ojo del pez, un extraño agujero, tan muerto como vigoroso, que a la postre, como un hallazgo metafísico, rompe la armonía de la pintura y la realidad y, al tiempo, viene a convencerme de que, en cualquier caso, tendré que volver a la frutería y a la pescadería, si la vida nos impone, entre otras, la condición de vivirla, siendo el arte quien más inoportunamente nos lo recuerda.

Luis Mateo Díez es escritor